ALGUNOS ASPECTOS MEDICO-JURIDICOS DE LA PROTECCION A LA INFANCIA

Por el señor SAMUEL GAJARDO
Juez de Menores de Santiago.

En la atención médica de los niños se presentan a menudo conflictos entre los médicos y los padres o guardadores, en los cuales éstos pretenden ampararse en los derechos que las leyes les confieren sobre la persona de sus hijos o pupilos.

A veces, esos conflictos son provocados por la ignorancia; pero otras veces, por un sentimiento respetable.

En cualquier caso, el aspecto que debe considerarse es, sin duda, la protección de la salud del niño, pero es también evidente que debe armonizarse, en lo posible, el sistema de protección con el derecho de los padres o guardadores, vinculados a los afectos familiares.

La protección a la infancia debe realizarse siempre en las condiciones más humanas que sea posible, evitando el frío funcionarismo y el rigor innecesario.

Sobre estos conflictos no existe jurisprudencia, porque no han sido dilucidados bajo sus aspectos médico, humano y jurídico; y a despertar el interés por ese estudio tiende esta pequeña charla.

Un problema que a menudo se presenta en la atención hospitalaria del niño enfermo, es la actitud de los padres que, previendo la próxima muerte de su hijo desahuciado, pretenden llevarlo a su hogar, para que muera en el seno de su familia.

He aquí un anhelo legítimo, profundamente respetable, que no es posible mirar con desprecio.

Pero suele ocurrir también que no hallándose el niño en tal estado, los padres pretenden retirarlo del hospital, porque desconfían de la ciencia médica y creen más en adivinos y brujos, o piensan que los médicos están haciendo al niño objeto de experimentos.

Estos casos se refieren, por lo general, a personas de escasa cultura.

¿Qué criterio debe tener el médico ante ellos?

Por sí solo no puede retener al enfermo, porque carece de atribuciones. Suele recurrir, entonces, al Juez de Menores, para que éste, haciendo uso de sus facultades, autorice la retención.

Pero, ¿en qué casos debe recurrir a la Justicia?

¿Y qué criterio tendrá el Juez para resolver la petición?

He aquí la necesidad de uniformar el criterio médico-jurídico, mediante la armónica colaboración del médico y del juez.

Podemos distinguir, desde luego, tres situaciones bien calificadas.

Primera. — Cuando la opinión médica es que el niño recobrará la salud, manteniéndosele en el Hospital, y que volviendo a su hogar, especialmente en el caso de miseria e ignorancia, morirá fatalmente.

Segunda. — Cuando existen probabilidades de que el niño sane en el Hospital, pero no en su casa, y

Tercera. — Cuando el niño está desahuciado categóricamente y no es posible salvarlo, aun manteniéndolo en el Hospital.

Veamos las soluciones que ofrecen estos tres casos.

En el primero no existe duda.

Entregar el niño al que lo reclama, sabiendo que en el Hospital se salvará, y que ha de perecer en su casa, es condenarlo a muerte, y ello pugna con el criterio más elemental de protección humana.

El niño no es propiedad de los padres, y la autoridad paterna ha de ser ejercida racionalmente para que sea legítima.

El deber de salvar la vida del niño, que no puede defenderse por sí mismo, es en este caso superior al sentimiento, que muchas veces suele estar extraviado por la ignorancia.

El segundo caso no es tan claro, pero conduce a la misma solución.

Si en el Hospital existe probabilidad de salvar al niño, y no en su hogar, en virtud de esa posibilidad, debe sacrificarse el sentimiento de los padres.

Y llegamos al tercer caso. El niño está desahuciado y no existe posibilidad de salvarlo. Entonces, no hay para qué retenerlo. Es legítimo el anhelo de los padres, de que muera en el seno de la familia.

La posibilidad de prolongar su vida en el Hospital uno o dos días, no alcanza a desestimar el derecho de los padres, y no justifica darles el dolor de que su querido hijo no expire en sus brazos.

La remota posibilidad de una cura providencial y milagrosa, no tiene tampoco mayor valor.

Queda ahora, el problema de determinar cómo se establecería que se trata de una de las situaciones anotadas.

¿Bastaría la opinión del médico que atiende al niño?

Creo que no y debería requerirse la opinión del Consejo Técnico del Hospital.

Y, por fin, el último aspecto del problema.

Cuando el niño debe quedar hospitalizado, ¿cómo se conciliaría el deseo de los padres, de estar a su lado, con la necesidad de proteger la salud del niño, evitando las posibilidades de recíproco contagio?

He aquí un aspecto del problema, que no debe resolverse con criterio simplista.

Es evidente que la permanencia de los familiares junto al lecho del niño enfermo, provoca serias perturbaciones.

Con espíritu ligero podría pensarse que la simple prohibición basta para evitar esos peligros, y en este caso, la salud del niño estaría por sobre el sentimentalismo. Cuando se suele aplicar este criterio, los padres se quejan y tachan al médico de inhumano.

Pero es que este problema no debe considerarse sólo bajo el aspecto sentimental.

También hay una evidente ventaja en que el niño disfrute de la presencia de sus familiares. Ello atenúa el rudo efecto psíquico del cambio de ambiente y da al niño la tranquilidad y el bienestar que significa la presencia de los seres que le rodean y no puede negarse que ella es un elemento importante de su restablecimiento.

Los médicos han observado la evidente ventaja que existe en curar al niño en su propio hogar, cuando él reúne las condiciones necesarias.

Entonces la solución es muy sencilla. Es evidente que pueden adoptarse medidas y sistemas especiales para evitar los inconvenientes de la concurrencia de los familiares, y eso es lo que debe hacerse, dando así la mayor amplitud posible al derecho de los padres y familiares.

Es aquí donde el médico, en su rígido deber, tiene que ser humano ante la desgracia ajena.

Toda limitación al derecho de los padres, que no sea estrictamente necesaria, resulta rigurosa y puede parecer arbitraria y cruel.

Los hogares que acogen al niño, sano o enfermo, no deben infundir jamás esa suspicacia.

Hemos considerado los casos en que el niño se halla hospitalizado.

Una situación análoga se produce cuando el médico, atendiendo a un niño en su hogar, estima que debe ser hospitalizado, y los padres se niegan a permitirlo.

Se trata de las dos primeras situaciones analizadas, y entonces debe decretarse la hospitalización obligatoria.

En la tercera situación, si no existe posibilidad de salvar al niño, se le dejaría en su hogar.

No he profundizado estos problemas. Me he limitado a esbozarlos, porque mi único propósito es despertar la atención de los médicos acerca de la importancia de estudiarlos entre el médico y el juez, que bajo diferentes planos, que a menudo se confunden, debe mirar al niño con el mismo sentimiento.

La Sociedad de Pediatría haría una gran obra, si realizara un estudio completo sobre esta materia, a fin de establecer una jurisprudencia definitiva, que se difundiría en toda la República, para bien de la infancia que sufre.